



*El efecto
bola
de
nieve*



Clara Héraut

dNX

El efecto bola de nieve

© 2023, Clara Héraut

© 2023, Hachette Livre (Hachette Romans)

Título original: *L'effet boule de neige*

© 2024, Editorial del Nuevo Extremo S.L.

c/ Rosellón, 186, 5º - 4º, 08008 - Barcelona, España

Tel (34) 930 000 865

e-mail: info@dnxlibros.com

www.dnxlibros.es

Traducción: Sara Mendoza

Diseño e ilustración de cubierta: Manon Bucciarelli

Diseño emojis: OpenMoji. Licencia: CC BY-SA 4.0

Primera edición: febrero de 2024

ISBN: 978-84-19467-27-0

Depósito legal: B 20415-2023

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

A todos mis bookboyfriends



1



*A*lex llega tarde.

Lo cual, en sí, no es una sorpresa, aunque eso no atenúa ni un ápice mis ganas de matarlo. Se suponía que ya deberíamos estar en el aeropuerto a esta hora. Mientras emprendo mi enésima vuelta frente a las escalinatas de acceso a la universidad, apenas puedo contener un grito de frustración. Después de dos semanas de exámenes y tres noches sin dormir, estoy de los nervios. Con un gesto de fastidio, marco el número de Alex, pero, como las decenas de veces anteriores, después del segundo tono acabo en el buzón de voz.

El muy gilipollas está ignorando mis llamadas.

Conociéndole, ahora mismo podría estar parado en el aparcamiento de la universidad, encantado de verme dar vueltas. Estoy segura de que le divertiría privarme del reencuentro con su hermano.

Llevo meses esperando a que Charles vuelva (ciento diecinueve días, para ser exactos), desde el día que voló al otro lado del Atlántico. Ha ido a Estados Unidos para hacer un año de prácticas en la empresa de su padre, dentro del programa de movilidad internacional del segundo año de Ciencias Políticas de la Universidad de Burdeos.

Me lo imagino saliendo de la terminal con el pelo revuelto después del vuelo. La sonrisa en su cara cuando me vea, esa que reserva solo para *mí*. Luego me abrazará y me dirá al oído que me ha echado de menos, tanto que *por fin* se ha dado cuenta de que está enamorado de mí.

Su ausencia me ha pesado desde el instante en el que se fue y me he pasado los últimos meses esperando su regreso. Aun así, estoy nerviosa. Sé que es ridículo, porque se trata Charles, mi mejor amigo desde siempre. Al final, *lo peor que podría pasar* es que las cosas volvieran a la normalidad. Yo enamorada de él en secreto, y él queriéndome... como a una amiga. Como a su *mejor* amiga.

He sobrevivido a esta situación durante años, así que ¿de dónde viene esta inquietud que me anuda el estómago desde hace unos días? En cualquier caso, el hecho de que Alex llegue tarde no me ayuda a calmarme. Porque lo va a estropear todo. Además, con toda la gente que habrá en la circunvalación en esta tarde de inicio de vacaciones, nunca llegaremos a tiempo. Y yo volveré a ver a Charles en el aparcamiento del aeropuerto, un lugar totalmente carente de magia, y nada será como lo imaginaba. Aunque ya sé que no es tan grave, quiero ser la primera persona a quien él vea, y no la que llega tarde, como si su regreso no tuviera importancia.

«Hola, soy Alex Meyer. Seguramente no escucharé tu mensaje, pero si te sobran unos minutos de vida, adelante, habla.»

Suelto un gruñido de frustración ante ese contestador de voz indiferente y despreocupado (no hay duda: es de Alex), que mis pobres oídos ya han escuchado demasiadas veces.

Murmuro, apretando la mandíbula:

—Sé que no escucharás este mensaje, Alex, porque en cuanto te vea, te voy a matar. Y no será una muerte rápida, ¿me oyes? Me tomaré mi tiempo para...

—¿Para qué exactamente, Rouxie?

Me doy la vuelta y ahí está. Alex Meyer. El hermano de Charles, dos años mayor que él y su perfecto opuesto. Y eso no tiene nada que ver con el hecho de que uno sea rubio y el otro moreno. En apariencia, no son tan diferentes: los dos me sacan una cabeza y media (lo cual no es difícil, dado que mido 1,60); tienen complejión fuerte (aunque Charles pesa más que Alex) y un rostro de rasgos cincelados, rematado por dos hoyuelos (heredados de su madre), que hacen que los dos resulten tan molestos como atractivos.

Es en su actitud en lo que los dos hermanos son opuestos. Charles siempre ha sido el chico popular, el amigo de todo el mundo, que siempre está riendo y siempre tiene algo que decir. Con diecinueve años, hace gala de una admirable confianza en sí mismo. Alex, en cambio, a sus veintidós años, es el solitario de la familia. El chico de pocas palabras. El que no sigue el mismo camino que los demás.

—¡Ya era hora, joder! —exclamo, corriendo hacia él—. ¿Dónde has aparcado? Tenemos que darnos prisa o no llegaremos a tiempo y... —Me quedo helada al ver que no se mueve y me mira con una cara rara—. ¿Qué? —pregunto prudentemente.

Su sonrisita no presagia nada bueno.

—Hola a ti también, Rouxie. Hacía mucho tiempo que no coincidíamos y me alegro de volver a verte. ¿Cómo estás?

La última vez que nos vimos fue el día en el que su hermano se marchó a Chicago. Es difícil decir qué me absorbía más en aquel momento: mi terrible resaca, la marcha de Charles o el recuerdo del beso que compartí con él y que revivo mentalmente en bucle desde entonces. He pasado ciento diecinueve días esperando la continuación de aquella noche. Y sí, han sido ciento diecinueve días sin cruzarme con Alex, aunque dudo que a él le importe. Así que le dedico una sonrisa irónica que no engaña a nadie (y menos a él, por cómo le tiemblan los labios al verla) y declaro, mientras intento tragarme mi frustración:

—¿Y por qué no celebramos nuestro reencuentro en el coche? Resulta que me gustaría mucho que nos pusiéramos en marcha,

teniendo en cuenta que ya llevas... —Miro el reloj, aunque sé la respuesta—... treinta minutos de retraso.

—¿Y si, en lugar de reprochármelo, empezaras por darme las gracias por haber accedido a recogerte?

—¡Fuiste tú quien lo sugirió! ¡Si no, habría cogido el autobús!

—Ah, ¿sí? Si no recuerdo mal, tu último examen terminaba demasiado tarde como para que pudieras coger el autobús a tiempo...

—Tu madre habría venido a por mí.

Se ríe entre dientes, negando con la cabeza.

—¿Y arriesgarse a llegar tarde al regreso de su hijo pródigo? Nunca. Probablemente ya lleva horas en el aeropuerto. Conociéndola, puede que incluso haya pasado la noche allí.

—¿No estarás exagerando un poco? —murmuro de mala fe.

Pone cara de circunstancias, como si supiera que Sophie, su madre, me había escrito a primera hora de la tarde para decirme que ya estaba en el aeropuerto (es decir, con tres horas de antelación).

—¿Podemos irnos ya? —le ruego.

Se me queda mirando un momento y luego cede, resignado.

—No quisiera privarte de tu tan esperado reencuentro con mi maravilloso hermanito...

Me muerdo el interior de la mejilla para no reaccionar ante sus insinuaciones y le sigo hasta el coche, pisándole los talones. Mis sentimientos por Charles son el blanco favorito de las burlas de Alex. Me dan ganas de destriparlo. Es incapaz de entenderlo: sé que Alex ha tenido alguna aventura, más de una, de hecho, pero nunca ha salido con nadie. El amor no es lo suyo.

Cuando llegamos a su coche, me siento en el asiento del copiloto y me abstengo de meterle prisa. Eso solo lo animaría a tardar más. Pero es una tortura verlo sentarse al volante con la misma velocidad que un perezoso sobre un árbol. Antes de arrancar el coche, me lanza una mirada traviesa y suspiro para

demostrarle que no me afectan sus trucos. Luego enciende la calefacción y dirige la ráfaga de aire hacia mí.

—No quiero que te mueras de frío.

Es cierto, estoy helada. Esta mañana estuve a punto de renunciar al vestidito de lana que finalmente llevo puesto. Sabía que no me abrigaría lo suficiente con estas temperaturas invernales, pero quería estar guapa para el regreso de Charles. Así que me he pasado todo el día tiritando por ir en medias, rezando para que no se me rasguen y muerta de frío. En mi defensa, no había planeado estar a la intemperie tanto tiempo. En cuanto al agujero de la pantorrilla izquierda... ¡odio los vestidos, de todas formas!

—Es lo que suele pasar cuando te pasas media hora esperando en un frío glacial —replico, enarcando una ceja.

—No me he dado cuenta de la hora...

—Hm, sí, claro. Seguro que has venido lo más rápido que has podido.

—¿Por qué iba a retrasarme a propósito?

La sombra de una sonrisa cruza su rostro y pongo los ojos en blanco.

—¿Podemos irnos ya, por favor? —Aprieto los dientes.

Por suerte, avanzamos sin problemas en medio del denso tráfico del viernes por la tarde. Es el primer día de las vacaciones de Navidad y, como me temía, hay mucha gente en la carretera. Por la ventanilla, observo el bullicio de la ciudad, el espumillón que cuelga de los árboles y los tentadores escaparates. Burdeos nunca se ve tan bonita como cuando está decorada así. Es una época del año que me encanta, mi preferida, de hecho. La efervescencia del ambiente es lo que más me gusta, las calles iluminadas, la alegría de la gente.

Todo es más dulce en Navidad.

Sin embargo, esa visión tampoco me ayuda a relajarme. Respiro hondo para aflojar el nudo de mi estómago, pero todo es en vano. Estoy impaciente por encontrarme cara a cara con Charles y darme cuenta de que ha sido una tontería preocuparme.

—Bueno, entonces, ¿qué te cuentas? —dice Alex.

Giro la cabeza hacia él. Está concentrado en la carretera, con las cejas ligeramente fruncidas. Me mira de reojo y me acomodo un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja.

—Nada nuevo —respondo—. ¿Y tú? ¿Qué te traes entre manos últimamente?

Alex abandonó el nido familiar a los dieciocho años para vagar de un lugar a otro. Aún recuerdo los portazos y el clima de guerra civil que reinaba en su casa cuando tuvo que repetir la Selectividad y fue rechazado de las prestigiosas universidades a las que Sophie le había convencido para que se presentara (sin creer realmente en que lo lograría). No tenía notas lo bastante altas y no habría ido de todos modos. Alex siempre había sido brillante en la escuela, hasta que dejó de esforzarse cuando empezó el bachillerato. Todos pensábamos que lo superaría, que era una mala racha y que al final encontraría el camino (o eso le decía mi madre a la suya para consolarla). Pero, obviamente, eso no ocurrió. Que yo sepa, ahora Alex no se dedica a nada, aparte de a una sucesión de trabajos cuando está en Burdeos, a viajar con sus amigos y a pasárselo bien el resto del tiempo.

—¿Nada nuevo en cuatro meses? Me cuesta creerlo —responde, lanzándome una mirada dubitativa.

—Lo dices como si realmente te importara...

—Porque me importa, Rouxie. Te he echado de menos.

Pongo los ojos en blanco, pero una pequeña sonrisa curva mis labios.

Ni siquiera ha hecho un esfuerzo por parecer sincero.

Conozco a Alex y a su hermano desde que nació. Nuestras madres se hicieron mejores amigas cuando estaban en el colegio y se tomaron al pie de la letra la promesa que se hicieron de jóvenes de pasar la vida juntas: ¿qué mejor manera de hacerlo que casándose con dos mejores amigos? Aunque ahora, viendo a Olivier y a mi

padre, ya no es fácil creer que ellos también crecieran juntos. En los recuerdos que me cuenta mi padre, siempre me cuesta reconocer al chico que describe en el hombre en el que se ha convertido Olivier. El padre de los chicos es un hombre de negocios que pasa su vida entre Burdeos, Pekín y Chicago, dedicando todo su tiempo a su empresa multinacional, *Meyer & Cie.*, especializada en la exportación de vino; mientras que mi padre se niega a subirse a un avión. La vida los habría separado si nuestras madres no hubieran estado ahí para mantener el vínculo. Así que, a pesar de las constantes idas y venidas de Olivier y de su relación distante con mis padres, los Meyer viven al otro lado de nuestra calle y yo tengo la llave de su puerta en el llavero. Forman parte de mi familia.

Y hubo un tiempo en el que incluso Alex formaba parte de ella, antes de que se encerrara en sí mismo y se alejara. Cuando, de adolescente, todavía robaba las cámaras de sus padres antes de conseguir una propia, yo era su modelo preferida: posaba haciendo el tonto y él me fotografiaba sin cansarse nunca. Podía pasarse horas disparando con la cámara. Estábamos lo suficientemente unidos como para que yo supiera que lloraba cuando veía *E.T.* (su película favorita), que metía el helado en el microondas antes de comérselo (su preferido era el de fresa y vainilla, como los niños pequeños) y que soñaba con ver la pirámide de Keops algún día. Ahora ya no sabría decir cuál es su película favorita o el sabor de helado que más le gusta, ni cuáles son sus sueños, ni siquiera qué ha hecho durante estos cuatro meses que hemos estado sin vernos. Porque, en los últimos años, desde que entró al bachiller y sus notas empezaron a bajar, la relación de Alex con su familia se ha deteriorado mucho. Se fue a vivir a otro sitio, empezamos a cruzarnos cada vez con menos frecuencia... Y así es como Charles se convirtió en el hermano triunfador, y Alex, en el fracasado.

—Bueno, en serio, ¿qué hay de nuevo? —sus palabras me sacan de mis pensamientos—. ¿Cómo te va en la universidad?

Solo Alex hablaría de la universidad en un tono tan burlón. Los estudios definitivamente no son lo suyo.

—Sin más —murmuro.

—¿Mortalmente aburrido? —dice con una sonrisa tímida.

—Tal vez para ti...

Alex me lanza una mirada cortante, pero no dice nada. Sé que a él le da igual lo que haga, pero no me importa, porque me encantan mis estudios. Me encanta la carrera de Comunicación, mi clase y toda la gente que he conocido. Puede que no sea el grado más prestigioso y que a algunas personas les parezca un poco inútil, pero a mí me gusta. Y eso es lo más importante.

—¿Y no hay ningún novio por ahí que finalmente te haga olvidar a Charles?

—¿Qué te pasa, te ha dado por hacer de tío pesado? — le pregunto con tono ácido, evitando responder a su pregunta.

Hace tiempo que dejé de negar mis sentimientos por su hermano delante de Alex. Desde que me di cuenta de que era inútil... Pero eso tampoco significa que vaya a hablar del tema con él.

—Pues con los atascos que nos vamos a encontrar, va a ser una hora larga —dice—. Solo preguntaba para matar el tiempo.

—¿Una hora? ¿Lo dices en serio?

Una sonrisa le atraviesa la cara, aunque no ilumina sus ojos. Es raro que Alex sonría de verdad. Pero es bonito cuando lo hace. Exuda ese tipo de encanto crudo. La nariz recta, la mandíbula cuadrada. Si Charles es dulce, Alex es ácido, pero, en cuanto sonríe, sus rasgos se iluminan.

—Tranqui, Rouxie. Llegarás *puntual* —me asegura.

Lo dudo, pero, a menos que aprenda a teletransportarme, no tengo más remedio que esperar. Además, habría sido peor tener que ir en autobús.

—Gracias por recogerme —murmuro—. Aunque hayas llegado tarde.

—Siempre dispuesto a hacer de chófer.

Lo dice como si fuera a dejarme en la entrada de la terminal y volver a marcharse inmediatamente.

—Oye, pero te alegras de que vuelva, ¿no?

—Claro que sí.

Pero para mí no hay nada claro. Las cosas hace mucho tiempo que dejaron de ser simples entre Alex y Charles.

—¿Y tú? ¿Te alegras?

—Claro que sí —le imito.

—Al final la cuestión es si él se alegra de volver, ¿no?

Me mira como si quisiera medir mi reacción. Durante un segundo, no sé qué decir.

—¿Por qué dices eso? —le pregunto finalmente con una voz más fría de lo que pretendía.

—Por nada, Rouxie, relájate. Es solo que parecía muy ocupado. Mamá no paraba de llamarme a mí para ver si sabía algo de él. ¡Así de desesperada estaba!

—Es normal. Ha estado trabajando mucho y con la diferencia horaria...

—Mmm —contesta Alex simplemente.

Ese «mmm» tiene la capacidad de irritarme. Sí, es cierto: algunos de mis mensajes se han quedado sin respuesta, a pesar de que antes solíamos escribirnos todo el tiempo, incluso cuando él estaba al otro lado de la calle. Hablábamos de todo y de nada, como dos personas que han pasado el día juntas, pero que aún encuentran tiempo para enviarse un GIF un poco tonto o su reacción al último episodio de *Stranger Things*. Y sí, a veces he sentido que he pasado a un segundo plano desde su marcha. Es comprensible. Charles ha estado lejos y ocupado. Pero ha vuelto para las vacaciones. Y eso es todo lo que importa. Nada ha cambiado.

—Se alegra —afirmo.

—Si tú lo dices.

—Lo sé.

—Perfecto, entonces. Así podrás seguir siendo su perrito faldero.

Me doy cuenta de que Alex ha estado rumiando esas palabras durante un buen rato y por un momento dudo de lo que he oído. Tiene la mirada fija al frente, las manos aferradas al volante.

—¿Perdón?

—Déjalo.

Me alejo de él hasta que mi hombro choca con el cristal de la ventanilla, confundida por la sorpresa y la rabia.

—No, por favor, no te cortes, termina lo que ibas a decir.

—Es solo que no logro entender porque estás enganchada a él de esa manera... Tú...

—Uf, Alex —lo corto—. Genial. ¿De verdad vas a darme consejos sobre mi vida amorosa? ¿Tú?

No me contesta, se limita a mirar fijamente a la carretera. Le ignoro y me giro hacia la ventanilla.

Lo ha estropeado todo.

Para empezar, ha arruinado el escenario ideal de mi reencuentro con Charles por llegar tarde. Y, para colmo, no tiene nada mejor que echarme en cara justo todo lo que me ha estado quitando el sueño últimamente... Pero se equivoca.

Se equivoca.

La noche antes de su partida, Charles y yo nos besamos. Estábamos borrachos. En un bar. Fue solo un beso. Lo fue todo para mí. Por desgracia, no importa cuántas veces haya repetido la escena en mi cabeza, el alcohol la ha desdibujado. Creo que fue él quien dio el primer paso... Aunque me da miedo averiguar que, en realidad, fue al revés. Esto solo me puede pasar a mí: el chico de mis sueños me besa y no conservo más que un vago recuerdo. Lo único que sé con certeza es que al día siguiente Charles voló a Estados Unidos y nunca mencionamos el beso, aunque había *algo* flotando entre nosotros. Así que he esperado su regreso y

la respuesta a todas las promesas que leí en sus ojos aquella noche...

Un pesado silencio se instala en el coche durante el resto del trayecto.

Cuando por fin entramos al aparcamiento del aeropuerto, llegamos con diez minutos de retraso y quiero matar a Alex. Lo fulmino con la mirada mientras me desabrocho el cinturón de seguridad y me trago el «¡Puntual, una mierda!» que me quema la garganta. Camino a paso ligero hacia las puertas de la terminal, sin comprobar si Alex me sigue, con el corazón latiendo con fuerza.

Justo al entrar en el vestíbulo, una mano se posa sobre mi hombro. Me giro y me encaro a Alex, que parece frustrado. Tiene una arruga entre las cejas y una sombra de tormenta en los ojos.

—Lo siento —dice—. Eso no es lo que quería decir y yo...

Su frase se queda suspendida en el aire. Abro la boca para decir no sé qué, turbada por la consternación que puedo leer en su rostro, por el hecho de que Charles probablemente ya esté aquí, que voy a verle pronto, que hay una multitud en el aeropuerto pululando a nuestro alrededor... Y antes de que pueda pensar en una respuesta, suena un silbido a mis espaldas, seguido de una voz que reconocería en cualquier parte:

—¡Pero bueno, Rouxie! ¿Desde cuándo llegas tarde?

Mi corazón se acelera y los ojos de Alex se oscurecen, pero no tengo tiempo de prestarle atención, porque me giro en redondo y ahí está, a tan solo unos veinte metros de nosotros.

Charles.

Y ya nada más importa.

Un chillido se escapa de mis labios y corro hacia él, dejando caer mi bolso al suelo. Cruzo la distancia que nos separa y me arrojo a sus brazos, que me envuelven en un abrazo de oso. ¿Por qué estaba tan nerviosa?

—Te he echado tanto de menos —logro decir con la garganta cerrada.

—Yo también, mi Rouxie.

Es como volver a casa. Su olor. Sus brazos. Él. Durante cuatro meses he sentido su ausencia, sobre todo las primeras semanas, pero la vida no tardó en arrastrarme en su torbellino. Empecé la universidad, conocí a gente nueva, algunos incluso se han convertido en mis amigos (Anastasia ha llegado incluso a convertirse en «la mejor»)... Pero ahora que por fin está aquí, me doy cuenta de lo mucho que todavía me pesaba su ausencia. Ahora mismo, podría salir volando. Me siento infinitamente más ligera.

Unos segundos o una eternidad después, Charles vuelve a dejarme en el suelo y nos miramos fijamente, sonriendo.

—Sigues siendo tan bajita como siempre —me dice.

—Y tú tan alto.

Un millón de cosas pasan por mi mente. «Te he echado de menos.» (Ya lo he dicho, pero es tan cierto.) «¿Te acuerdas de nuestro beso?» (Demasiado brusco, pero me muero de curiosidad.) «Te quiero.» (La verdad.) Pero antes de que pueda decir nada, se escucha una voz a su espalda:

—¿Charlie?

¿Charlie?

Centro mi atención en esa voz con acento americano y por fin me fijo en ella. Una chica de pelo rubio ceniza, piel dorada y grandes ojos de color avellana. Como yo, pero en versión mejorada. Muy, muy mejorada.

Mis párpados se entrecierran y... Un momento. Yo conozco esa pequeña nariz de trompeta y ese mohín coqueto...

Mis ojos se cruzan con los de Sophie, a la que no había visto hasta ahora de tan absorta que estaba en Charles. Hay una especie de inquietud o aprensión en su rostro, una expresión que no termino de reconocer y, cuando la voz de su hijo vuelve a

alzarse sobre el ruido del aeropuerto, ya sé que sus palabras me van a doler:

—Rouxie, no sé si recuerdas a Jude...

No podía haber sido peor, ¿eh?



2



L

a escena es surrealista.

Siento que el cielo se cae sobre mi cabeza. Los ojos de todo el mundo fijos en mí. Y yo tengo que mantener las apariencias, a pesar de estar desorientada.

Tengo que mantener las apariencias. Tengo que mantener las apariencias. Tengo que mantener las apariencias.

Pero ¿cómo voy a hacerlo mientras Charles se acerca a Jude y le rodea la cintura con la mano? Su rostro es una máscara de serenidad. Es como si fuera completamente ajeno al drama que se desarrolla ante él y no pudiera oír el sonido de mi corazón rompiéndose en mil pedazos.

¿Cómo olvidarme de Jude? Jude, la hija de una pareja de amigos de los padres de los chicos. Jude, la hermosa franco-americana que se mudó a Estados Unidos hace cinco años con su madre, cuando sus padres se divorciaron. Entonces solo era una preadolescente, una niña de trece años, pero ya me ponía verde de envidia: era bilingüe, graciosa, lista. Además, hacía patinaje artístico como una princesa. Siempre me sentí un poco nula a su lado. Pero eso no era nada comparado con lo que siento ahora.

—Rouxie... Digo *Iris* —se corrige antes de darme un breve abrazo—. Me alegro mucho de volver a verte.

Tengo la impresión de que la cara se me parte en dos. Es como si me estuviera viendo desde fuera, con mi sonrisa falsa un poco demasiado grande, entre los brazos de esta chica a la que nunca pensé que volvería a ver. La nueva novia de Charles, sin duda, a juzgar por la manera cariñosa que tiene de estrecharla contra él, o por cómo sonrío cuando la mira.

Cientos de pensamientos pasan a toda velocidad por mi cabeza: *¿Por qué Charles no me dijo que la había vuelto a ver? ¿Cuánto tiempo llevan saliendo? ¿Por qué ha venido con él a Francia?*

Esto no es posible. Estoy atrapada en una pesadilla.

—Sí, es... es estupendo volver a verte —balbuceo insegura mientras doy un paso atrás.

Parece simpática. Me acuerdo de eso. De lo dulce que era y que yo me portaba fatal con ella. Pero mantenía esa sonrisa honesta y ligeramente cándida. Todo sería mucho más fácil si ella no fuera así.

Ante la mirada expectante de todos, doy otro paso atrás, dispuesta a huir como alma que lleva el diablo. Por desgracia, mi huida se detiene cuando mi espalda entra en contacto con una superficie caliente y en movimiento.

—Charles.

La voz de Alex retumba, profunda y segura, cerca de mi oído. De forma inconsciente, me apoyo en él, sin saber cuánto tiempo más podrán sostenerme mis propias piernas.

—¡Alex!

Charles rodea el cuello de Alex con un brazo para estrecharlo contra él. Termino entre los dos hermanos en un incómodo abrazo y mi mirada se cruza con la de Sophie. Ella parece angustiada, pero yo hago todo lo posible por poner buena cara. No necesitamos

palabras para entendernos. Ella tampoco sabía que Jude había vuelto a la vida de Charles. Y menos aún que vendría a Francia.

Pocas veces me he sentido tan estúpida y perdida como en ese momento. El momento en que me doy cuenta de que los demás tenían razón: me había estado engañando a mí misma.

Cuando Charles se retira, Alex se queda tan cerca de mí que puedo sentir su aliento en mi espalda. Mi omóplato toca su pecho y, puede que sea ridículo, pero ahora mismo es lo único que me mantiene erguida.

—Alex, no sé si recuerdas a Jude —comienza Charles—, la hija de los Samson, pero...

—¿Cómo olvidarla? —responde Alex con acritud.

Mi mirada salta entre los dos hermanos. Se está produciendo un intercambio que me deja perpleja. Alex parece furioso porque Charles haya vuelto a casa con alguien (aunque es más bien a su madre o a mí a quien debería molestarnos).

—Siento presentarme así sin avisar —comienza Jude, avergonzada—. Fue todo en el último momento. Iba a pasar las Navidades con mi padre en Burdeos, pero tiene un viaje de negocios inesperado. Mi madre está en Londres por trabajo y... Charles me aseguró que no os importaría.

Casi siento pena por ella.

—¡He pensado que sería una gran sorpresa! —exclama Charles—. ¡Como en los viejos tiempos, cuando pasábamos juntos las vacaciones en el chalé!

—Como en los viejos tiempos, ya... —responde Alex.

Charles frunce el ceño, su mirada se posa en Alex y en mí, como si tratara de entender qué está pasando. Yo no podría aclarárselo. Y, aunque una parte de mí agradece el apoyo de Alex, no tengo ningún deseo de ver a los dos hermanos peleándose cuando Charles acaba de llegar a casa. Este debería ser un momento de celebración, no de peleas.

—Estamos encantados de recibirte, Jude —dice entonces Sophie con fingido entusiasmo—. ¡No íbamos a dejar que pasaras las Navidades sola!

Y, de todos modos, no es como si Charles nos haya dejado elección. Sophie tampoco parece muy contenta con la noticia, aunque lo disimula bien. Imagino que le habría gustado disfrutar de su hijo durante estas dos semanas, pero nunca dejaría que Jude pasara las fiestas sola. Y Charles lo sabía bien cuando la trajo aquí.

Bueno, pienso, no se puede hacer otra cosa. Está aquí y habrá que lidiar con ello.

—¡Me alegro mucho de que hayas vuelto! —digo mirando a Charles—. ¡Y tú también, Jude! ¡Bienvenidos de nuevo a Francia, los dos!

Me doy el premio a la mejor actriz, después de Sophie, que suelta un suspiro, como si temiera que yo fuera a derrumbarme delante de ellos o que fuera a estallar en una crisis nerviosa. Debería conocerme un poco mejor. Esta no es mi primera nominación al Óscar, ni mucho menos.

—¿Nos vamos? ¿O preferís acampar en este aeropuerto? —bromea con voz demasiado alegre.

Charles lanza una larga mirada a su hermano, la alegría que había mostrado al verlo de nuevo ha desaparecido, y luego le dedica una gran sonrisa a su madre mientras coge las maletas. Todavía en estado de *shock*, los sigo, pero la mano de Alex me rodea el antebrazo y me frena. Levanto la barbilla hacia él por primera vez desde que ha caído la «bomba Jude». Solía ser capaz de ocultar mis emociones bastante bien a los demás, pero ahora me siento desnuda delante de Alex y la arruga que corona su frente me da a entender que puede ver a través de mí.

—Toma —me dice, entregándome mi bolso. En mi estado, podría haberlo olvidado.

Normalmente, su reacción me habría revuelto el estómago y yo habría hecho todo lo posible por compensarle y por no decepcionarle. Pero ahora necesito respirar y ordenar mis emociones si quiero seguir disimulando.

Tranquilizo a Sophie con una sonrisa y sigo a Alex hasta su coche, aparcado un poco más adelante, mientras intento controlar mi respiración. Cuando mi mano agarra la empuñadura de la puerta, me trago el sollozo que me sube por la garganta, inspiro por la nariz y espiro por la boca durante unos instantes.

Cuando estoy segura de que no voy a echarme a llorar, subo al coche. Alex ya está al volante. Se hace el silencio durante un segundo. Cuando abre la boca, me adelanto:

—Lo sé, me lo habías dicho y estoy haciendo el ridículo. ¿Puedes arrancar el coche y llevarme a casa, por favor?

No dice nada y el motor permanece en punto muerto. Cuando vuelvo la cabeza en su dirección, su expresión es más suave de lo que esperaba, ni distante ni burlona.

—No iba a decir eso. Lo siento. Charles es un imbécil.

Trago saliva para desalojar el nudo de mi garganta.

—Yo soy la imbécil.

—No. Él es el que es completamente estúpido. Debería habernos dicho que venía con ella. Mi madre se ha encontrado frente a un hecho consumado.

—Ya sabes cómo es... Como siempre estamos invitando a gente al chalé, no pensé que podría... —Trago saliva para deshacerme del embarazoso temblor de mi voz—. Simplemente no lo pensé, supongo. Parece que ocurrió en el último momento y, no sé, ¿quizá no tuvieron tiempo de avisarnos? O... O no sé...

La mirada de Alex recorre mi rostro, desde mis ojos enrojecidos hasta mi labio tembloroso. Debo de parecerle lamentable, al borde de las lágrimas, y buscándole excusas a su hermano.

Respiro hondo, enderezo los hombros y me trago las lágrimas.

—Iris...

— ¿Podemos no hablar de esto, por favor?

Alex vacila, deja escapar un largo suspiro, pero asiente. Dudo que quiera consolarme de todos modos.

Siento su mirada clavada en mí, incluso cuando giro la barbilla y miro hacia el aparcamiento. Finalmente, el coche arranca y dejo que mi mente divague mientras el paisaje desfila ante mis ojos. Debería haber sabido que me estaba montando una película. Anastasia pone los ojos en blanco cada vez que empiezo a hablar de Charles y de mí, aunque es a la única a la que le he hablado de nuestro beso. Según ella, si el beso hubiera contado, él me habría hablado del tema y no habría tardado *días* en responder a mis mensajes desde Estados Unidos (como ha ocurrido en varias ocasiones durante estos meses), y también se habría ofrecido a venir a visitarme durante las vacaciones de octubre. Y ninguna de mis justificaciones había sido lo bastante convincente para hacer cambiar de opinión a la profesional de las relaciones (según sus propias palabras). Sin embargo, más que nunca, yo tenía la intuición de que se equivocaba y de que las cosas iban a cambiar. Antes de que Charles se fuera, existió aquel beso, esa promesa de que después... Después, tal vez. Después, seguramente. Después.

¡Qué estúpida soy! Cuando vuelvo a pensar en sus silencios, en mis dudas de los últimos días... Ahora todo me parece tan obvio. Todo se repite en mi mente hasta que me vuelvo hacia Alex.

— ¿Sabías que había vuelto a ver a Jude? ¿Que estaba saliendo con ella? ¿Te hablé de eso?

Tengo mil preguntas en la cabeza. ¿Cómo se volvieron a encontrar? ¿Cuándo? ¿Van en serio? Tiene que serlo para que ella lo haya acompañado a Francia, aunque viviera aquí y ya hubiera estado varias veces en el chalé... Quiero saberlo todo. Calcular mis posibilidades. Tal vez me esté preocupando por nada. A lo mejor lo suyo no es tan serio y, si el padre de Jude no hubiera

tenido un problema de última hora, Charles nunca le habría pedido que viniera. Quizá solo sea...

—Por supuesto que no. Si a ti no te lo ha dicho, ¿de verdad crees que me lo habría contado a mí?

Suelto un largo suspiro y me agarro la cabeza con las manos. Siento que me está a punto de asaltar un ataque de migraña. Lo que me faltaba para rematar el día.

—No lo sé, Alex —declaro—. Probablemente no.

—Es tan estúpido.

—Deja de decir eso. Que yo no le guste como él a mí no lo convierte en un tonto, Alex.

Suspira frustrado y yo miro hacia otro lado justo en el momento en el que mi teléfono emite una vibración

Ana

Y bieeeen ese reencuentro ????????

Ya te ha puesto el anillo en el dedo ????????

Si no hubiera estado al borde de las lágrimas, me habría hecho gracia. A pesar de sus dudas sobre los sentimientos de Charles hacia mí, Ana y yo habíamos pasado la noche anterior imaginando la escena de mi reencuentro con él.

Yo

Ha traído a casa una chica

Jude

Su nueva novia, al parecer

Ana lee el mensaje en un segundo y mi teléfono empieza a sonar inmediatamente después. Echo un vistazo a Alex y mando la llamada de mi mejor amiga al contestador. Inmediatamente, una ráfaga de mensajes aparece en mi pantalla.

Ana

Contesta al teléfono!!!
Mierda, estás con ellos?
Pero
WTF
Una chica ????
Cómo?????????????
Cómo estás? ??????????????????

Yo

Tranqui, estoy en el coche con su hermano
Como una mierda

Ana

Oh no, Iriiiiiiiiiis, joder, pero WTF ????

Yo

Soy TAN idiota

Ana

Te vas a casa?
Estaré allí en un minuto
O ven a mi casa
O no sé

Yo

No, voy al restaurante
Sophie ha organizado algo para su regreso....

Ana

IRIS, NO VAS A IR AL RESTAURANTE!
HA TRÁIDO A UNA CHICA DEL AEROPUERTO
CUANDO PENSABAS QUE TE IBA A PROPONER
MATRIMONIO
NI SIQUIERA TÚ PUEDES SOBREVIVIR A ESTO
Y ENCIMA PONER CARA DE VALIENTE
(Ya sé que son muchas mayúsculas)
PERO !!!!!!

Me muerdo el labio, insegura. La fiesta de bienvenida de Charles está planeada desde hace semanas y toda su familia y amigos estarán allí, a excepción de su padre, que no ha podido venir por motivos de trabajo, pero que se reunirá con nosotros en la casa de campo en los próximos días, y de mis padres, que se han escaqueado, pero que estarán allí para dar la bienvenida a Charles mañana. Sería más que sospechoso si no participara y, más que eso, *quiero* estar ahí. Tengo que disfrutar de cada segundo antes de que Charles vuelva a Estados Unidos para terminar sus prácticas. Pero Ana tiene razón. No estoy segura de poder hacerlo. Solo de pensar en estar delante de toda su familia mientras intercambia miradas con Jude... Me siento desfallecer. Necesito un momento para recuperarme de esto. Un minuto más en ese aeropuerto y me habría roto.

Mis dedos van más rápido que mi cerebro y no me dejan tiempo de pensarlo y reconsiderar mi decisión:

Yo

El Engranaje?

Ana

Estaré ahí en 30 minutos

Yo

Gracias, Ana <3

Ana

Always

—¿Podrías dejarme en una parada de tranvía? —le pregunto a Alex, mientras bloqueo la pantalla de mi móvil.

—¿Para ir adónde?

—Al Engranaje, un bar cerca de Pey-Berland, he quedado con una amiga.

— ¿No vienes al restaurante?

— Sinceramente, no me veo pasando la noche con Charles y Jude...

— Sabes que mañana iremos al chalé con ellos, ¿verdad?

Desde que nacimos, mi familia y la de los chicos celebramos juntos la Navidad en el chalé que nuestros padres compraron en los Pirineos. Es mi época favorita del año. Celebrar la Navidad con ellos. El paisaje blanco a través de la ventana. Las pistas de esquí. Las *raclettes* después de un día de nieve.

Tenía muchas ganas de ir este año, pero a la luz de los últimos acontecimientos, lo que parecía un sueño se está convirtiendo en mi peor pesadilla.

— Solo necesito un respiro...

Y pillarme un buen pedo. De los que fríen el cerebro y te dejan en la cama los dos días siguientes.

— Quizá no debería ir —digo, pensando en voz alta.

Tan pronto como esa idea sale de mis labios, sé que no lo digo en serio. ¿Qué voy a hacer si no paso las vacaciones en el chalé? ¿Quedarme sola, encerrada en la oscuridad, rumiando en una casa vacía? Sinceramente, no sé qué sería peor.

— ¿No vas a venir? ¿En serio, Iris?

No entiendo la sombra que oscurece su cara ni su expresión contrariada.

— ¿Qué más te da si voy o no?

Me mira y niega con la cabeza. Tiene las manos crispadas sobre el volante.

— Es mejor cuando estás ahí, eso es todo. La vida es más aburrida sin ti —añade con voz falsamente burlona.

Yo vuelvo a poner los ojos en blanco.

— Dame un respiro, Alex.

— Lo digo en serio. Nuestros padres te adoran. Cuando estás ahí, solo hablan de ti y de Charles, y a mí me dejan en paz.

—¿Así que es por una razón puramente egoísta?

—Digamos que hay un interés. Y te encanta el chalé. No vas a dejar de ir solo porque él haya traído a una chica. No es su primera novia.

Y todas las veces anteriores también dolían, aunque no fuera nada serio. Al menos, nada tan serio como cruzar un océano y celebrar juntos la Navidad.

—Pero ahora...

Pensaba que nuestro beso significaba algo. Pensaba que la situación entre nosotros había cambiado.

La lleva al chalé.

Pero no puedo decirlo en voz alta, porque ahora suena prodigiosamente estúpido. Ni siquiera estoy segura de que Charles recuerde que nos besamos. Estaba completamente borracho. Fue solo un beso casual.

Me muerdo el labio mientras juego con los pellejos de mis uñas.

—No sé lo que creía —digo.

—Es un verdadero idiota.

Me contengo y vuelvo a repetir «Alex» con un suspiro, porque me doy cuenta de que su hostilidad hacia Charles tiene menos que ver conmigo que con ellos. Su relación es compleja.

—De todos modos —le corto—, tú crees que tengo que ir esta noche, ¿no? Lo crees. Por supuesto que sí. Quiero decir, ha vuelto. Y es mi mejor amigo. ¿Cómo puedo no estar allí? Quiero decir, él es...

—Oye, Iris —me dice, poniéndome una mano en la rodilla para interrumpirme.

Me quedo mirándole la mano, que me cubre todo el muslo. Como si se diera cuenta de lo que ha hecho, la retira inmediatamente, pero aún noto su calor en las medias.

—No le debes nada a nadie, ¿vale? Por supuesto que quieres estar en otro sitio que no sea con nosotros esta noche, y eso está bien.

—¿No pensarán que es raro?

—Les diré que te has resfriado porque te he hecho esperar fuera...

—Gracias, Alex —susurro, devolviéndole la sonrisa.

Se limita a asentir y me deja en la puerta del Engranaje, y así evito tener que coger el tranvía.